

Los Libros

EL CERRO DE LOS YALES, de *Byron Gigoux*

He aquí una amable cinta de celuloide impresionada bajo las cambiantes luces de la tierra atacameña. Al iniciar la lectura de esta novela, teníamos en el alma el telón ardido y fiero de una imagen amasada con sol y sufrimiento, con sudor y maldiciones, resultado de otras lecturas y testimonios verbales, vaciados ya en la conciencias. Escritores del pasado y del presente fustigaron nuestra curiosidad por aquella tierra seca y chamuscada, cuna de razas que subsisten en retoños de fuerte expresión histórica, entraña de avizoradas riquezas materiales y de sugestivas leyendas.

Aquella realidad dramática y sombría se enfrenta ahora al amable libro de Gigoux, que nos ofrece un paraíso sin parangón en la tierra indoamericana, y donde la felicidad se ve turbada apenas por algunas deficiencias de nuestro código civil que permite a presuntos dueños de tierras mineras, estropearle al yanqui el camino de su fortuna creciente.

En la novela, el paisaje nos complace desde el primer momento. La frase vale por ágil pincelada y el desierto nos envuelve sin esfuerzo: «Una neblina espesa como un mar de algodón, lo envolvía todo y formaba unas estrías de agua en los cristales. Ya llevábamos quince días de camanchaca...» El autor prodiga a lo largo del libro sus condiciones de colorista y es en la visión de la mutable tierra norteña, desde el desierto hasta la tierra altibaja de los valles transversales, donde logra sus aciertos. La descripción del cerro de los «yales» y la de es-

tos pajarillos es elocuente y feliz. Color y luz hacen el cuadro. «Sus regordetes cuerpos de tono gris oscuro destacaban nimbados a la vívida luz de la mañana, ya sobre los òcres y los naranjas vibrantes de las risquerías, ya sobre la verdegueante variedad de arbustos por entre los cuales se escurría el camino ascendiendo en una repechada interminable». El pintor olvida a veces que está escribiendo novela y deja algunas líneas curiosas: «Llegaba la hora de los relieves vibrantes, esa hora del atardecer, en que los cerros descubren sus más pequeños detalles gracias a la *violencia de los complementarios*».

Naturalmente, una tierra donde cae tanta luz y juega el color alborozado, no podría ser escenario de una existencia ingrata. Del paisaje emana un anhelo de vida simple y bíblica y la atmósfera envuelve cosas y seres, gastando sus contornos desapacibles. El autor mueve su varilla milagrosa y entran en escena los personajes, primero el yo (el libro está escrito en primera persona), y luego los otros, en los que destaca el norteamericano Burton, un producto del capitalismo yanqui, que nos parece creado por la gracia divina: digno, justiciero, poco tentado de riquezas y encariñado con la tierra norteña. Este hombre realmente asombroso, se pasea por todo el libro, confiado en sus obreros y empleados chilenos, desprendido como él solo, hasta el día en que una explosión lo lleva al mundo, mejor dicho, al paraíso celestial, desde este paraíso criollo, no sin antes que su hija, la rubia y libre Baxter, se case con un nativo...

Tal bondad, amasada en férrea hombría, va encadenando la lealtad del criollo, una lealtad que sin esfuerzo se convierte en devoción capaz de todos los sacrificios. El mayordomo Zulantay, de pura raíz indígena, hablando de Burton, dice: «El patrón Barto, ¡güen dar! Qué sería de nosotros, niños, si se los mueriera!».

Quisiéramos estar frente a una realidad tan reconfortante. Estamos con el escritor en el anhelo que trasuntan los fondos del libre y que el autor acaricia a través de sus páginas, cogido

en el ensueño de una vida mejor para nuestra tierra y nuestros hombres. Pero no podemos estar con el propósito o la debilidad de desvirtuar una realidad pavorosa a trueque de efímeras complacencias literarias. Lo decimos, porque conocemos la vida chilena a lo largo del país y sabemos que la explotación del hombre por el Moloch de allá y de acá alcanza hoy día el paroxismo. Frente al drama de nuestro pueblo, el «pastiche» decorativo, por mucho virtuosismo que ostente, subleva la conciencia más generosa.

Si es cierto que la novela aparece dudosa en la captación del asunto y en el juego de las fuerzas humanas, también es indudable el acierto de muchos tipos criollos que se identifican con la topografía ambiente y dan un carácter y una expresión a lo mejor del libro. Naturalmente, todos estos hombres, mineros, campesinos, son buenos. No hay uno que fije el contraste y exalte el drama. El autor gusta de las armorías por semejanza y así desfilan los tipos apenas diferenciados por la aproximación al primer plano. Zulantay, el administrador, es uno de estos afortunados. Su lealtad, su fantasía, su intuición, le dan categoría de primer personaje. Es un hombre decisivo en el destino de Burton y demás hombres de la empresa minera.

Así, pues, la emoción, el interés del libro asoman blandamente en esta contienda de corazones bondadosos y resueltos, en medio de una tierra propicia, matizada por los colores de una paleta animosa. El cómodo ritmo de una prosa suelta mantiene el relato «por encima del abismo», la que priva al libro de la densidad necesaria.—LAUTARO YANKAS.



TAMARUGAL, por *Eduardo Barrios*.—Edit. Nascimento. 1944.

¿Quién podría leer a Eduardo Barrios sin evocar el lirismo de su prosa en «Un niño que enloqueció de amor», «El hermano asno», «Un perdido», la contextura anecdótica y pintoresca